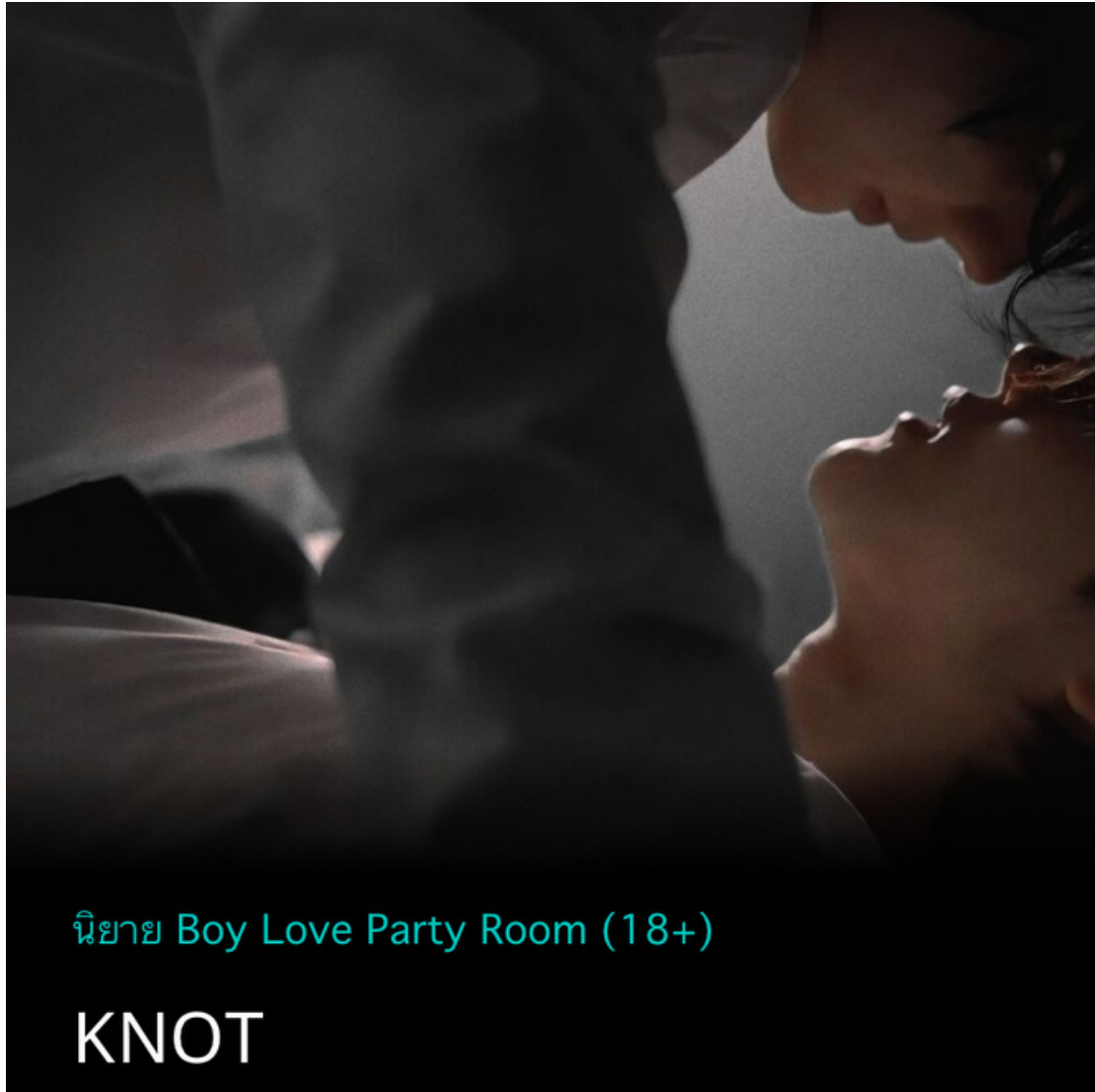




Segunda parte



นิยาย Boy Love Party Room (18+)

KNOT

Por Zelynn (escritora)

Traducción de fans para fans sin fines de lucro
apoyar a la escritora

<https://www.readawrite.com>



@Cafe_con_BL





II. ALFA

Por: Zelynn

Después de que Ongsa terminó de hablar, Phatsa se quedó en silencio un momento.

Seguía apoyado contra el mostrador, relajado como siempre. No parecía divertido, pero tampoco completamente convencido. La luz cálida de las lámparas envolvía la cafetería, mientras el aroma del café flotaba suavemente en el aire. Todo a su alrededor se veía tan normal que hasta resultaba irritante, porque nada de lo que acababa de escuchar tenía algo de normal.

Era como si el mundo siguiera mostrando ante él su misma cara tranquila de siempre, aunque Ongsa acabara de abrirle los ojos y decirle, sin rodeos, que existían alfas, omegas, vínculos y destinos capaces de unir a dos personas con una sola mordida en el cuello.

—Hablas como si todo esto fuera real.

Ongsa dejó lentamente el vaso que tenía en la mano antes de alzar la mirada hacia él.

—Es real.

Phatsa giró de inmediato hacia él, con una expresión atrapada entre la confusión y la incredulidad.

—P'Ongsa...

—¿Hm?

—¿Qué se supone que debo creer primero exactamente?

Una leve sonrisa apareció en los labios de Ongsa, como si esa confusión le pareciera más adorable de lo que quería demostrar.





—Que lo creas o no depende de ti. Pero solo porque no conozcamos algo, o nunca lo hayamos visto, no significa que no pueda ser real.

Phatsa soltó un pequeño suspiro y levantó una mano para tocarse la nuca, todavía aturdido.

—Solo me metí cinco minutos a ayudar a alguien y ahora siento que mi mundo entero quedó patas arriba.

Ongsa observó durante un largo momento al hombre más joven que alguna vez había sido su junior en la universidad, antes de que su mirada terminara deteniéndose en el atractivo rostro de Phatsa.

Sí, Phatsa estaba ahí recostado con esa actitud relajada y despreocupada de siempre, pero incluso si uno dejaba de lado su lengua afilada, su arrogancia juguetona y esa impulsiva costumbre de meterse en los problemas ajenos, seguía pareciéndose muchísimo a un alfa.

Tenía la piel clara, el cabello claro y el cuerpo compacto de alguien que había pasado más tiempo en canchas deportivas que bajo luces de oficina. Hombros rectos. Una espalda firme. Un cuerpo hecho para moverse. No era enorme ni intimidante de una forma evidente, pero había cierta seguridad escondida en su postura que le decía de inmediato a cualquiera que lo mirara una cosa: si algo ocurría, él sería la primera persona en lanzarse a ayudar sin pensarlo dos veces.

—¿Sabes? —dijo Ongsa al final—. Sí pareces un alfa, Phatsa.

Phatsa se quedó congelado por un segundo antes de girarse bruscamente hacia él.

—¿Qué?

—Lo pareces —respondió Ongsa con calma—. Eres atractivo. Llamas la atención de la gente. Tienes porte de líder. Eres inteligente, reaccionas rápido, te va bien en los estudios y también en los deportes. Viéndolo todo junto... das mucho la impresión de ser uno.

Phatsa soltó una risa seca.





—¿Y eso qué se supone que significa? ¿Yo? ¿Un alfa? ¿Ahora haces diagnósticos basándote en vibras? Cada día te pareces más a Nile.

Apenas terminó de hablar, una voz animada se escuchó desde el fondo del local.

—Bueno, bro, si me extrañabas tanto, solo tenías que decir mi nombre.

Tanto Phatsa como Ongsa giraron al instante.

Nile apareció cargando una caja de leche entre los brazos. Llevaba el delantal de la cafetería, se movía con la energía inquieta de alguien incapaz de quedarse quieto demasiado tiempo, y sus ojos brillaban como si siempre estuviera buscando a qué lanzarse después.

Era Generación Z de pies a cabeza. Se notaba en su forma de hablar, en esa insolencia juguetona dibujada en su cara y en la facilidad con la que se metía en cualquier conversación como si tuviera todo el derecho del mundo a estar ahí. Nile era el tipo de chico incapaz de quedarse quieto aunque su vida dependiera de ello. El mundo tenía que moverse tan rápido como sus pensamientos, su boca tenía que ir tan rápido como sus ojos y, si tenía la oportunidad de molestar a Phatsa, jamás la dejaría pasar.

Dejó la caja en el suelo y apoyó un brazo sobre el mostrador.

—¿De qué están hablando ustedes dos?

—No es algo para niños como tú.

—Ay, vamos, bro. No me dejes fuera. Deja que el pequeño Nile participe en la conversación.

Nile siempre era así. Molesto, sí, pero de alguna manera demasiado adorable como para enfadarse con él durante mucho tiempo. Ongsa simplemente le lanzó una mirada, negó con la cabeza y señaló a Phatsa con el mentón.

—Le estaba diciendo que Phatsa parece un alfa.





Nile asintió de inmediato, como si hubiera estado esperando exactamente ese comentario.

—Exacto, bro. Tiene toda la energía de un alfa. Y encima uno guapo.

—¿Qué demonios estás diciendo?

Pero Nile ya era imparable. Volvió a asentir, como si estuviera anunciando una gran verdad del universo.

—P' Phatsa es inteligente, atlético y tiene esa cara que hace que todos se den vuelta a mirar apenas pasa. ¿Cómo eso no va a ser energía alfa? Es un alpha por completo.

Phatsa negó con la cabeza.

—Ya estás exagerando demasiado.

—No estoy exagerando —respondió Nile enseguida—. De hecho, ya le bajé bastante.

—Gracias. En serio. Pero no necesitas echarme tantas flores.

—Sí necesito. P' Phatsa es el orgullo de mi vida, bro. Y también el orgullo de esta cafetería.

Ongsa levantó una ceja.

—¿Y qué tiene que ver mi cafetería con eso?

Nile se giró hacia él con la cara completamente seria.

—Si los clientes supieran que P' Phatsa viene aquí todo el tiempo, seguro subirían las ventas.

Phatsa soltó una pequeña risa.

—¿Ahora intentas convertirme en la imagen publicitaria de la cafetería?





—Si P' Phatsa quiere, el pequeño Nile puede empezar a hacer pósters hoy mismo.

El ambiente iba fluyendo bastante bien cuando la puerta de vidrio se abrió con el suave sonido de la campanita.

Un hombre entró al local con esa presencia impecable y controlada de alguien que siempre se mueve con un propósito claro. Vestía completamente de negro, con una camisa oscura bajo el traje y un discreto auricular ajustado en una oreja. Todo en él era demasiado perfecto para parecer un cliente común entrando a tomar café por la noche.

No caminaba como un hombre con antojo de cafeína.

Caminaba como alguien trabajando. Un hombre con horarios, con responsabilidades, alguien que no perdía tiempo en cosas innecesarias.

Nile miró hacia la entrada y luego se acercó un poco más a Phatsa.

—Ese tipo otra vez.

Phatsa miró hacia donde él estaba viendo.

—¿Quién?

Ongsa alargó la mano y tomó una taza de café que ya había preparado, dejándola sobre el mostrador.

—Uno de nuestros clientes habituales.

Phatsa observó al hombre de arriba abajo antes de murmurar en voz baja:

—Qué tipo raro...

Nile se giró de inmediato.

—P'... más bajo.

—Es verdad. —Phatsa seguía sin apartar la mirada—. Está demasiado bien vestido para el clima de Bangkok. Parece listo para lanzarse frente a una bala por alguien.





Ongsa negó suavemente con la cabeza.

—Probablemente sea guardaespaldas de alguna familia.

Phatsa volvió a mirarlo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Solo es una suposición.

El hombre del traje se detuvo frente al mostrador y pidió su café con una voz baja y seca, diciendo únicamente lo necesario.

Extraño, sí. Pero no era problema de Phatsa. Cada quien tenía su propia vida. Aun así, como la taza había quedado apenas demasiado cerca de su mano, el aroma fue lo primero que captó su atención. Al principio olía a jazmín mojado por la lluvia, luego daba paso a frutos silvestres y té suave, antes de terminar con un leve toque de caramelo. Era el tipo de aroma tan caro que no hacía falta ver el precio para saberlo. Y antes de que Phatsa pudiera pensarlo, sus dedos ya estaban sosteniendo la taza.

—¡Hey, P' Phatsa!

Phatsa se giró.

—¿Qué?

Nile señaló la taza que tenía en la mano.

—¡Es del cliente!

Phatsa bajó la mirada y luego levantó la cabeza justo cuando el hombre del traje volteó a verlo. Se quedó quieto medio segundo antes de dejar la taza de vuelta rápidamente.

—Oh...

Nile se cubrió la cara con una mano.

—¿“Oh” qué exactamente?

Phatsa mantuvo una expresión seria.

—¿Y cómo se suponía que iba a saberlo? Estaba ahí. Pensé que era mío.





—¿Y simplemente la agarraste?

—Sí.

Nile soltó una carcajada al instante.

—Tan típico de ti, bro.

Phatsa se giró para fulminarlo con la mirada.

—De verdad voy a golpearte algún día.

Ongsa dejó escapar una pequeña risa, tomó la taza de donde Phatsa la había dejado y se la devolvió al hombre del traje junto con una disculpa. Él la aceptó en silencio, hizo el más leve asentimiento con la cabeza y se dio la vuelta para irse, como si lo que acababa de pasar fuera demasiado insignificante como para dedicarle un pensamiento.

Cuando la puerta de vidrio se cerró detrás de él, Phatsa observó su espalda alejarse un segundo más antes de murmurar por lo bajo:

—De verdad es raro.

Nile apoyó las manos en la cintura junto al mostrador.

—Tú tampoco eres precisamente normal.



La noche se desplegaba lentamente sobre la ciudad en capas cada vez más profundas de sombras. Las luces de los edificios altos se derramaban sobre las calles en cintas blancas y doradas, y un largo auto de lujo negro permanecía inmóvil junto a la acera como un depredador en reposo. No necesitaba rugir. No necesitaba anunciar su presencia. Bastaba con verlo para que cualquiera lo pensara dos veces antes de acercarse demasiado.

Dentro del auto, en el asiento trasero derecho, Nakhun permanecía sentado en silencio, como un hombre capaz de controlar todo a su alrededor sin necesidad de moverse demasiado. Su piel tenía un tono bronceado por el sol, de esos que se consiguen con una vida de disciplina y entrenamiento constante. Hombros anchos. Un pecho firme. Un cuerpo alto y bien formado que parecía hecho para enfrentarse a cualquier situación sin vacilar. Su rostro era atractivo de una manera fría y refinada, costosa, controlada... el tipo de rostro que nadie querría provocar sin tener una muy buena razón para hacerlo.





La naturaleza de Nakhun como un Alfa Puro, el dominante absoluto de la manada, no era algo que necesitara anunciar. Se sentía en el ambiente, en cada respiración tranquila que daba. Sus feromonas no invadían el aire de forma agresiva. Más bien envolvían el espacio a su alrededor con suavidad: whisky cálido envejecido en roble, mezclado con el calor del fuego y un leve rastro de humo. Era un aroma profundo y pesado, tan poderoso que hacía que cualquiera cerca de él se pusiera tenso sin darse cuenta.

A su lado, Nakhin estaba recostado en el asiento con una actitud mucho más relajada. Era casi tan alto como Nakhun, pero transmitía algo totalmente distinto. Elegante, atractivo y mucho más fácil de tratar. Siempre parecía tener una chispa divertida en los ojos y una sonrisa a punto de aparecer en sus labios. Incluso sin hablar, daba la sensación de ser alguien con quien sería fácil llevarse bien. Y si pasabas suficiente tiempo a su lado, probablemente terminarías sonriendo también.

Él también era un Alfa Puro, pero sus feromonas no se parecían en nada a las de Nakhun. Nakhin olía a cítricos brillantes, a cáscara y flores de naranja mezcladas con el aroma de un vino tinto añejo; como estar de pie en un naranjal con un viñedo no muy lejos. Fresco, elegante, cálido de una manera diferente. No dominaba a las personas con pura fuerza como hacía Nakhun; las atraía con la vitalidad que parecía vibrar bajo su piel.

La puerta del auto se abrió y Kongphop volvió a entrar sosteniendo una taza de café. Se la entregó a Nakhun con la natural eficiencia de alguien que conocía perfectamente los hábitos de su jefe.

—Su café, Khun Nakhun.

Nakhun la tomó con la misma expresión serena de siempre. Ese era siempre su pedido: Geisha Panamá, tostado medio, sin jarabe. Nada innecesario. Nada demasiado dulce. Todo preciso, limpio y exacto, igual cada vez.

Levantó la taza hacia sus labios por simple costumbre.

Entonces se detuvo.





Había otro aroma aferrado al borde de la taza.

No era el café que conocía tan bien. Tampoco el papel del vaso. Era algo más... algo tenue, y precisamente por ser tan leve atrapó aún más su atención.

...Lluvia.

No la humedad pesada después de una tormenta, sino la primera lluvia limpia. Fresca. Fría. Revitalizante.

Como el viento justo antes de que el cielo se abriera. Como la tierra seca tocada por una fina capa de agua y renovada al instante. Había notas de tierra húmeda, musgo y el más suave rastro de pomelo blanco. Era hermoso. Lo bastante hermoso como para que Nakhun se quedara quieto por un momento. Lo bastante hermoso como para quedarse atrapado en sus sentidos. Lo bastante hermoso como para hacer que, absurdamente, quisiera seguir persiguiéndolo.

Bajó la taza lentamente.

—¿Dónde compraste esto? ¿Por qué huele así?

Kongphop dudó apenas un instante antes de responder de inmediato:

—En el lugar de siempre, señor. El café de siempre. La orden de siempre.

Nakhun volvió a mirar la taza, bajando apenas sus ojos oscuros.

—No.

Kongphop miró hacia atrás por encima del hombro.

—¿Señor?

—Este aroma es mejor.

Una risa suave sonó desde el asiento a su lado. Nakhin giró ligeramente con una sonrisa en la comisura de los labios.





—O quizá tu nariz está empezando a fallar.

Nakhun le lanzó una mirada de reojo.

—Nakhin.

—Es verdad —rió bajito—. Mismo lugar, mismo café, misma orden... pero tienes cara de haber encontrado el café del destino.

Nakhun no respondió enseguida. Volvió a levantar la taza. El aroma a lluvia seguía ahí, y cuanto más inhalaba, más claro se volvía.

—Eso no es café.

Nakhin arqueó una ceja.

—Entonces, ¿qué es?

Volteó hacia adelante con diversión.

—Kongphop, ¿por casualidad le compraste té a mi hermano por error?

—No, señor. Es el mismo café.

Nakhun permaneció en silencio un momento antes de responder, simplemente:

—Lluvia.

Nakhin lo miró durante medio segundo y luego volvió a reír.

—Definitivamente ya perdiste la cabeza.

Nakhun lo ignoró y dio un sorbo al café. El sabor no había cambiado. Equilibrado. A la temperatura perfecta. Exactamente como debía ser. No había nada mal en él. Y aun así, el aroma a lluvia seguía aferrado a la taza con terquedad.





—¿Te gusta? —preguntó Nakhin, mirando el café en la mano de su hermano.

Nakhun se quedó quieto un instante antes de responder con voz plana:

—Es irritante.

Nakhin sonrió de inmediato.

—Eso significa que sí.

—Esa es tu interpretación.

—Y normalmente tengo razón.

En la parte delantera, Sila permanecía sentado en silencio en el asiento del acompañante. Su actitud tranquila y controlada hacía que el ambiente allí fuera mucho más serio que en la parte trasera.

Kongphop cerró la puerta y volvió al asiento del conductor. Otro auto los seguía a una distancia discreta, con Ai y Win dentro, escoltándolos como de costumbre. Sila miró por el retrovisor y preguntó con calma:

—¿Regresamos a casa ahora, señor?

Nakhun dejó la taza en el portavasos.

—Mm.

El auto se alejó de la acera con una suavidad impecable. Las luces de la ciudad nocturna se desdibujaban al otro lado de las ventanas como largas cintas luminosas. Los dos hermanos permanecían sentados uno junto al otro en ese tipo de silencio que para extraños podría parecer incómodo, pero que en realidad era el silencio de personas que se conocen desde hace tanto tiempo que ya no necesitan llenar cada segundo con palabras.

Aunque Nakhin seguía siendo Nakhin. Volvió a mirar a su hermano.

—Si te gusta tanto ese aroma, quizá la próxima vez deberías ir tú mismo a comprarlo.





Nakhun le lanzó una mirada de reojo.

—¿De verdad tienes tanto tiempo libre?

—No. Solo quiero saber qué clase de persona vende un café lo bastante bueno como para llamar tu atención.

—Me interesa el aroma, no la persona.

Nakhin sonrió.

—Por ahora.

Nakhun no respondió. Simplemente volvió a levantar la taza, como si quisiera comprobar si aquel aroma seguía ahí. Y seguía. Se había quedado pegado a él, a sus pensamientos, a su memoria... demasiado intenso para algo tan simple como una taza de café.

El auto negro avanzaba por la noche con una presencia tranquila pero imponente. Las luces de la ciudad se deslizaban junto a las ventanas en franjas doradas y blancas. Kongphop mantenía las manos firmes sobre el volante, atento al camino. A su lado, Sila observaba las calles y los espejos laterales con la vigilancia de alguien que jamás bajaba la guardia. El auto que iba detrás mantenía la distancia perfecta, moviéndose con una precisión natural, como quien ha hecho lo mismo incontables veces.

No habían avanzado demasiado cuando Kongphop frunció el ceño. Un auto más adelante se cruzó bruscamente en el carril y derrapó de lado, bloqueando el camino. Sila levantó la vista al mismo instante.

—Khun Nakhun. Khun Nakhin.

Eso fue lo único que dijo Kongphop antes de pisar los frenos con fuerza. Los neumáticos chirriaron contra el asfalto. Detrás de ellos, el auto de Ai y Win frenó al mismo tiempo. Las puertas del vehículo de adelante se abrieron de golpe y varias personas salieron rápidamente, con armas brillando bajo las luces de la calle.

Y aun así, en el asiento trasero todo seguía en calma.

Nakhin miró hacia afuera y luego volvió a recostarse contra el asiento, como si aquello fuera solo una molestia inesperada y no un ataque.

—Vino bastante gente.





Nakhun bajó lentamente la taza de café mientras dirigía una mirada fría hacia el parabrisas.

—Mm.

Sila se giró, esperando órdenes.

—¿Nos encargamos de ellos ahora, señor?

Nakhun respondió con una voz tranquila y fría.

—¿Tú qué crees?

Eso fue todo lo que Sila necesitó escuchar. Abrió la puerta y salió de inmediato. Detrás de ellos, Ai y Win bajaron del otro auto con la misma rapidez. Kongphop permaneció un momento más al volante, asegurándose de que el vehículo estuviera bien protegido y revisando la situación antes de salir también para unirse a ellos.

Los cuatro se dispersaron enseguida, moviéndose con precisión y experiencia. Sin movimientos innecesarios. Sin necesidad de repetir órdenes.

El enfrentamiento comenzó afuera con el sonido metálico de golpes chocando entre sí, pasos apresurados, cuerpos cayendo al suelo y una lluvia de insultos atravesando la noche. Pero dentro del auto seguía habiendo calma, como si el vidrio grueso y el acero mantuvieran separados dos mundos distintos.

Nakhin observó la escena un momento antes de volver la mirada hacia su hermano.

—¿Quieres apostar?

Nakhun le lanzó una mirada de lado.

—¿Sobre qué?

—¿Cuántos minutos tardarán en terminar con esto?





Nakhun volvió a mirar a través del vidrio.

Sila acababa de arrancarle un cuchillo de la mano a uno de los atacantes. Ai había lanzado a otro de una patada contra el costado de un auto. Win mantenía inmovilizado a un hombre que intentaba escapar. Y Kongphop por fin se había unido de lleno a la pelea, con esa expresión totalmente inexpresiva que, en su caso, significaba que ya estaba realmente molesto.

—Cinco.

—Yo les doy diez. —Nakhin sonrió al instante.

—Demasiado generoso.

—Por si resultan tercetos.

Nakhun respondió con calma:

—Kongphop y Sila ya están irritados. No tardarán diez minutos.

Como si quisiera demostrar que tenía razón, otro fuerte golpe sonó casi enseguida junto al auto. Nakhin giró la cabeza y soltó una risa baja al ver a Kongphop estrellar a uno de los atacantes contra el pavimento como si fuera una bolsa de basura.

—Bien... quizá siete.

—Demasiado tarde.

Nakhin apoyó la cabeza contra el asiento y, con la facilidad de alguien capaz de cambiar de tema sin previo aviso, preguntó de repente:

—¿Mamá volvió a hablar del matrimonio?

Nakhun dio otro sorbo al café. El aroma a lluvia seguía ahí, suave pero persistente.

—Sí.

—¿Primero contigo o conmigo?

—Conmigo.





Nakhin soltó una risa.

—Entonces me tocará a mí en unos dos días.

—Mm.

—¿Y qué le dijiste?

—Que estoy ocupado.

Nakhin giró la cabeza hacia él de inmediato.

—¿Así, sin más?

—Sí.

—¿Puedo usar esa excusa también?

Nakhun le lanzó una mirada de lado.

—¿No puedes pensar por ti mismo?

Nakhin asintió, satisfecho.

—Perfecto. Entonces diré exactamente lo mismo que P' Nakhun.

Afuera, la pelea ya estaba llegando a su fin. Nakhin volvió a mirar por la ventana antes de preguntar con total tranquilidad:

—¿Qué vamos a cenar hoy?

Nakhun dejó la taza en el portavasos.

—Cualquier cosa que no sea dulce.

—Eso no es un menú.

—Entonces elige tú.

—¿Barbacoa?

—Mamá se va a quejar.

—Mamá se queja de todo. Aunque probablemente P' Jim se queje primero.





Nakhun lo miró de reojo.

—¿Por qué?

Nakhin sonrió de inmediato.

—Porque acaba de lavar las cortinas de la cocina.

—Entonces definitivamente cambiaremos el menú.

Unos momentos después, el ruido de afuera casi desapareció por completo. Solo quedaban las respiraciones agitadas de los atacantes, tirados sobre el asfalto. Sila dio unos suaves golpes sobre el techo del auto para indicar que todo había terminado.

Nakhin miró su reloj y volvió la vista hacia su hermano.

—Seis minutos.

Nakhun abrió la puerta del auto.

—Sigue estando cerca de cinco.

Nakhin soltó una risa baja y salió detrás de él.

El viento nocturno recorría la calle ahora silenciosa. Las luces de la calle iluminaban débilmente los cuerpos esparcidos por el suelo; algunos inconscientes, otros quejándose apenas, pero ninguno en condiciones de volver a levantarse. Kongphop estaba junto al auto con total calma, como si nada hubiera ocurrido. Sila se hizo a un lado para dejar espacio, mientras Ai y Win recogían las armas que habían quedado tiradas.

La mirada de Nakhin recorrió la escena una vez antes de detenerse junto a uno de los hombres que todavía seguía consciente. El atacante estaba boca abajo, respirando con dificultad, con sangre en la comisura de los labios. Nakhin lo observó un momento y luego apoyó lentamente el pie sobre la parte de atrás de su cabeza. No con fuerza como para aplastarlo. Solo la necesaria para mantenerlo completamente inmóvil.

Nakhin se inclinó un poco, y la actitud relajada y juguetona de antes desapareció por completo. Lo único que quedó fue la frialdad de otro Alfa Puro de la familia Thewathitirat.





—¿Quién los envió?

El hombre apretó los dientes y no respondió.

Nakhin presionó un poco más con el pie.

—Lo preguntaré una vez más. ¿Quién los envió?

Otra vez silencio. Solo respiraciones rotas y agitadas.

Nakhin lo observó un instante más antes de sonreír apenas.

—Está bien. Si no quieres hablar...

Levantó la mirada hacia Kongphop y Sila.

—Entonces asegúrense de que consiga su deseo y no vuelva a hablar nunca más.

La orden salió de sus labios en un tono bajo y tranquilo, pero el significado era imposible de malinterpretar.

Después apartó el pie, como si el asunto ya estuviera completamente resuelto.

Nakhun había observado todo en silencio, sin intervenir ni una sola vez. Simplemente se dio la vuelta y regresó al auto. Nakhin lo siguió. Detrás de ellos, los últimos gritos de los atacantes se elevaron en la noche antes de apagarse bajo las manos de los guardaespaldas, que terminaron el trabajo exactamente como se esperaba.

En cuanto las puertas del auto se cerraron, el silencio fresco regresó de inmediato. Nakhun volvió a levantar su café, como si todo lo que acababa de ocurrir hubiera sido apenas una pequeña molestia en el camino a casa. Nakhin se dejó caer contra el asiento y soltó un suspiro suave.

—Entonces... ¿de verdad no vamos a comer barbacoa?

Nakhun dio un sorbo lento al café. El aroma a lluvia todavía seguía rondando en el borde de sus sentidos.

—No.





En la parte delantera, Kongphop volvió al asiento del conductor mientras Sila se acomodaba otra vez a su lado.

Detrás de ellos, el auto de Ai y Win permaneció en el lugar para controlar la escena y encargarse de todo antes de seguirlos. El lujoso auto negro se alejó con la misma suavidad de siempre, como si aquella emboscada jamás hubiera ocurrido.

Aun así, Nakhin no pudo evitar preguntar:

—Ese ya es el tercer ataque de este mes. ¿No deberíamos decírselo a nuestro padre?

—No.

—¿Por qué no? Todavía ni siquiera sabemos quién los envió.

—Podemos manejarlo. Él no necesita saberlo. Además, mamá se preocupará.

Nakhin suspiró suavemente.

—¿Y no se preocuparía más si se entera después?

Nakhun bajó la mirada hacia la taza en su mano por un instante antes de responder con calma:

—El asunto de Naphit ya es suficiente para agotarla.

Al escuchar el nombre de Naphit, el ambiente dentro del auto cambió. No se volvió exactamente más pesado, pero sí más profundo. Ambos sabían que ese nombre nunca había sido algo sencillo dentro de esa familia.

Naphit no era hijo de Khamphirada. Era hijo de Nares y de la mujer a la que Nares había amado de verdad. Esa mujer era una beta, la persona con la que él realmente había querido formar una vida. Pero al final no le permitieron casarse con ella, porque la familia Thewathitirat necesitaba a la omega más adecuada para dar herederos, y esa persona había sido Khamphirada, no su primer amor.

Así que Nares terminó casándose con Khamphirada. De esa unión nacieron Nakhun y Nakhin, dos hijos perfectos a los ojos de la familia: ambos Alfas Puros, ambos la prueba de que la decisión de los mayores había sido la “correcta”.





Pero después de la muerte del abuelo de Nakhun, Nares regresó junto a la mujer que siempre había amado. Y de ese reencuentro nació Naphit.

Naphit era solo un alfa común, no un Alfa Puro como Nakhun y Nakhin. Creció junto a su madre en otra casa, otra vida, otro mundo... hasta el día en que ella murió. Solo entonces Nares llevó a Naphit a vivir por completo a la casa de los Thewathitirat, dejándolo bajo el cuidado de Nakhun y Nakhin como su hermano menor.

Y como Naphit era el hijo nacido del amor...

porque había perdido a su madre...

porque había crecido con un vacío dentro de él que nadie realmente podía llenar...

Nares lo amaba de una manera especialmente intensa. Tan intensa que a veces era imposible no notarlo. Lo suficiente como para volver toda la casa más frágil que antes.

Nakhin volvió la mirada hacia su hermano.

—Pero si algo te pasa a ti también, mamá no podrá soportarlo.

Nakhun observó la taza en su mano durante un largo momento antes de responder sin levantar la cabeza:

—No ha pasado nada.

—Esta noche casi pasa.

Nakhun no dijo nada. Nakhin también guardó silencio por un momento antes de soltar una pequeña risa resignada, la clase de risa de alguien que se rinde —al menos por ahora— ante la terquedad de otra persona.

—Bueno, ya imaginaba que no pensabas contarle a nuestro padre lo de los ataques tan fácilmente.

Nakhun lo miró de reojo.

—Entonces ya lo sabías.

—Sí. Pero aun así tenía que decírtelo.





Nakhun volvió a levantar la taza. El fresco aroma a lluvia seguía presente en el borde de sus sentidos. Entre todas las molestias de aquella noche, ese aroma seguía ahí con una claridad imposible de ignorar.

—Mm.

Eso fue todo lo que dijo.

El auto continuó avanzando en medio del silencio familiar, con los dos hermanos sentados uno al lado del otro como siempre, cada uno callado a su manera. Pero ambos sabían perfectamente que la noche no había terminado tan tranquilamente como Nakhun pretendía hacer creer.



Al día siguiente, el café de Ongsa tenía ese ambiente tranquilo y agradable de siempre. La luz de la mañana entraba por el gran vidrio del frente en suaves franjas claras, extendiéndose sobre el limpio piso de madera y los bordes cálidos de las mesas. El aroma del café recién tostado se mezclaba con el dulce olor de los pasteles recién horneados. Todo el lugar transmitía una comodidad especial, de esas que hacen que la gente quiera quedarse un poco más, como si el tiempo avanzara más despacio allí dentro.

Phatsa estaba sentado en la barra, como siempre. Iba tan seguido que ya se había convertido en parte de su rutina. Incluso cuando no pedía mucho, simplemente estar en el café de Ongsa le daba una extraña sensación de tranquilidad.

La noche anterior, después de llegar a casa, Sangnuea le había vuelto a escribir para agradecerle otra vez. La conversación no había durado mucho, pero cuando Sangnuea le preguntó dónde solía pasar el tiempo libre, Phatsa respondió honestamente que casi siempre iba al café de uno de sus antiguos seniors de la universidad, porque el café era bueno, los pasteles también, y el dueño rara vez lo echaba del lugar.

Phatsa había pensado que solo había sido una conversación casual.

No imaginó que Sangnuea realmente iría a buscarlo allí.

La campanita sobre la puerta sonó suavemente.





Phatsa levantó la vista por reflejo... y se quedó quieto al ver a Sangnuea parado en la entrada.

Hoy Sangnuea ya no se veía débil ni sobresaltado como la noche anterior. Su cabello claro atrapaba la luz que entraba por la puerta de vidrio, haciendo que su rostro brillara todavía más. Sus ojos alargados seguían teniendo esa atracción difícil de ignorar. Y sus labios se curvaban en una pequeña sonrisa tímida. Entre las manos llevaba una cajita de dulces, sujetándola con tanto cuidado como si temiera aplastarla.

Sangnuea era realmente hermoso.

No era simplemente atractivo. Tenía ese tipo de belleza que hacía que la gente lo mirara dos veces antes de darse cuenta de que lo estaba haciendo. Su piel clara y delicada, junto con su cabello rubio, suavizaban toda su imagen, pero debajo de esa apariencia dulce había algo sutilmente provocador, como si hubiera nacido para quedarse grabado en la memoria de cualquiera que lo viera.

Phatsa lo observó un momento antes de hablar primero.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

Sangnuea dio un pequeño paso más cerca y respondió con la misma voz suave de siempre:

—Vine a verte, P' Phatsa.

La forma tan directa en que lo dijo hizo que Phatsa alzara una ceja. Miró la caja de dulces entre las manos de Sangnuea y luego la leve sonrisa en su rostro antes de preguntar otra vez, como si quisiera asegurarse de haber escuchado bien:

—¿A verme a mí?...

Sangnuea asintió y le extendió suavemente la caja.

—Traje dulces para agradecerte.

Phatsa bajó la mirada hacia la caja y luego volvió a verlo, todavía sin creer que mereciera algo tan formal.





—No hacía falta.

Aun así, la tomó antes de añadir enseguida:

—Con la intención ya era suficiente.

Sangnuea negó suavemente con la cabeza. Sus ojos se volvieron serios de una forma que lo hacía ver casi frágil.

—Puede que para ti haya sido algo pequeño... pero para mí fue muy importante.

Phatsa estudió su rostro durante un largo momento. Sangnuea no estaba bromeando. Seguía viéndose amable y delicado, pero debajo de eso había una ansiedad evidente, como si lo ocurrido la noche anterior todavía siguiera clavado bajo su piel.

Así que Phatsa dejó la caja de dulces sobre el mostrador y preguntó directamente:

—¿Tan importante?

Sangnuea juntó ligeramente los labios, como si estuviera escogiendo cuidadosamente sus palabras.

—Si me hubieran mordido en el cuello... se habría convertido en algo muy serio.

Phatsa frunció el ceño de inmediato.

—¿Serio cómo?

Sangnuea guardó silencio un instante. No apartó la mirada, pero sus ojos temblaron ligeramente aun así, como si supiera que estaba a punto de decir algo que el otro quizá no entendería en absoluto.

—En el mundo de los alfas y omegas, si un alfa muerde a un omega en el cuello... se considera que están unidos.





Phatsa se quedó quieto un segundo.

—¿Unidos?

—Sí.

—Espera. —Frunció aún más el ceño—. ¿Solo por morderle el cuello a alguien?

Sangnuea asintió suavemente.

—Sí.

Phatsa soltó una pequeña risa incrédula.

—¿Y ya está? ¿Simplemente... pasan a ser una pareja?

Sangnuea bajó la mirada.

—Sí.

—¿Incluso si no se aman?

Esta vez Sangnuea levantó la mirada y sostuvo la de Phatsa directamente.

—Sí.

Phatsa frunció más el ceño.

—¿Y cómo se supone que funciona eso? ¿Cómo pueden dos personas vivir juntas sin amor? ¿Cómo una sola mordida puede cambiarle la vida a alguien?

—No es solo una mordida—

La voz de Ongsa interrumpió justo en ese momento mientras salía de la parte de atrás llevando una taza de café. Probablemente había escuchado la conversación desde hacía rato. No parecía sorprendido, solo más serio de lo normal. Dejó la taza sobre el mostrador y miró a Phatsa.

—Es la creación de un vínculo.

Phatsa giró enseguida hacia él.

—P' Ongsa, explícamelo como una persona normal.

Ongsa sonrió apenas.

—Lo estoy explicando como una persona normal.

—No lo suficiente. Sigo confundido.





Apoyado contra el mostrador, Ongsa bajó un poco la voz y explicó con calma:

—Una mordida entre un alfa y un omega no es solo una herida. Es una transmisión... una parte del alfa pasando a la otra persona. Comienza en el corazón del alfa, recorre la sangre, se mezcla con su saliva y luego entra a través de los colmillos en el cuello del omega, que es el punto donde se recibe el vínculo. Desde ahí pasa por la sangre hasta llegar al corazón de la otra persona.

Phatsa permaneció en silencio, escuchando atentamente.

Ongsa continuó sin apresurarse:

—Es un vínculo que nace del instinto, pero no termina en el cuerpo. Una vez que sucede, el cuerpo y el alma empiezan a conectarse por sí solos. Las dos personas comienzan a necesitarse de formas que no pueden negar. Y cuando el vínculo se forma, el omega pasa a pertenecerle al alfa. Ya no puede pertenecer a nadie más.

El ambiente dentro del café quedó en silencio por un momento. La máquina de espresso seguía sonando suavemente al fondo, pero todo lo demás parecía haberse alejado.

El rostro de Phatsa se tensó.

—Eso suena injusto.

Sangnuea sonrió apenas.

—Nunca fue justo.

La frase fue muy suave, pero hizo que Phatsa lo mirara durante más tiempo, como si de pronto recordara que Sangnuea no estaba hablando de algo abstracto. Lo decía porque la noche anterior casi había terminado atrapado en esa realidad.

Ongsa volvió la mirada hacia Sangnuea y su voz se suavizó un poco más.

—De cualquier manera, fue bueno que Phatsa interviniera. Algo así... si puede evitarse antes de que ocurra, entonces debería evitarse.





Phatsa se acomodó ligeramente, como si estuviera a punto de decir un orgulloso “¿Ven? Salvé la vida de alguien”, pero antes de que pudiera hablar, Ongsa continuó:

—Ya que viniste hasta aquí hoy, supongo que eso significa que ahora sí nos conocemos oficialmente.

Sangnuea sonrió con suavidad.

—Sí.

—Sería lindo que pudiéramos ser amigos.

Las palabras eran simples, pero había una sinceridad muy profunda en ellas. Phatsa miró a su senior por un instante y luego volvió la vista hacia Sangnuea.

—Él es Ongsa. Mi senior. Es el dueño del café.

—Hola. Soy Sangnuea.

—Mucho gusto, Sangnuea.

Sangnuea pareció relajarse un poco más. Luego miró a Ongsa y preguntó con educación:

—Sabes mucho sobre alfas y omegas, Ongsa.

Ongsa alzó ligeramente una ceja.

—Un poco.

—¿Eres alfa o omega?

La pregunta hizo que Phatsa girara la cabeza de inmediato, como si él también acabara de darse cuenta de que quería saber la respuesta.

Ongsa sonrió apenas.

—No. Mi padre era alfa y mi madre omega, pero yo soy beta.

Phatsa parpadeó sorprendido.

—¿En serio?





—Claro —respondió Ongsa con calma—. Yo no puedo percibir el aroma de nadie. No tengo feromonas.

Sanguaea asintió ligeramente, entendiendo enseguida.
—Ya veo.

Phatsa se señaló a sí mismo de inmediato.
—Entonces probablemente yo tampoco pueda ser alfa. Nunca he sentido el aroma de nadie.

Sanguaea volvió a mirarlo, esta vez durante más tiempo, como si intentara percibir algo en el aire que los demás no podían notar.
—No necesariamente.

Phatsa alzó una ceja.
—¿Cómo que no?

—A veces el sexo secundario todavía está dormido.

Sanguaea sonrió un poco.
—Lo digo en serio. Algunos alfas pueden controlar tan bien sus feromonas que no dejan salir ningún aroma.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar con un tono más bajo y serio.
—Creo que deberías hacerte una prueba para saber cuál es tu sexo secundario, P' Phatsa.

—¿Y cómo terminó esta conversación hablando de mí?

Sanguaea lo miró directamente.

—Porque si un día muerdes a alguien y todo termina en un desastre, ¿entonces qué harás?

—¿Y por qué mordería a alguien?

—Ese tipo de cosas puede pasar. Si percibes el aroma de un omega y entras en celo, podrías terminar mordiéndolo.





Phatsa se quedó congelado un instante y luego giró hacia Ongsa, como buscando apoyo. Pero su senior apenas sonrió un poco.

—En este caso, creo que Sangnuea tiene razón.

Phatsa volteó de inmediato hacia él.

—P' Ongsa.

—¿Hm?

—Estoy empezando a sentir que ya no me quieres.

Esta vez Ongsa sí soltó una risa.

—Claro que sí. Solo sigo pensando que deberías hacerte la prueba.

Sangnuea también sonrió, y esta vez la expresión iluminó por completo su rostro.

—Por favor, hazla.

Phatsa soltó el largo suspiro de un hombre al que acaban de acorralar dos contra uno hasta dejarlo sin argumentos.

—Está bien. Lo pensaré.

Justo en ese momento, Nile asomó la cabeza desde la parte trasera del local, como si hubiera estado esperando el momento perfecto para aparecer.

—No lo pienses demasiado, bro. Imagínate despertar un día con colmillos y entrar en pánico.

Phatsa se giró de inmediato hacia él.

—Otra vez estabas escuchando escondido, ¿verdad?

Nile mostró una sonrisa descarada y nada arrepentida.

—No estaba escuchando escondido. Estaba escuchando abiertamente.

—Juro que un día voy a golpearte.

—Siempre dices eso, pero nunca lo haces.





Phatsa estaba a punto de responderle algo cuando Sangnuea se rio primero, y esta vez el sonido fue tan claro y brillante que hizo que Phatsa se quedara quieto por un segundo.

No porque se estuvieran riendo de él.

Sino porque de pronto se dio cuenta de que, cuando Sangnuea se reía de verdad, se volvía todavía más hermoso que antes.

Y Sangnuea tampoco era ajeno al hecho de que había estado mirando a Phatsa demasiado desde que entró al café. El mayor seguía siendo absurdamente atractivo. Seguía viéndose genial sin esfuerzo. Y cuanto más cerca estaban, más claramente sentía Sangnuea que realmente había algo dentro de Phatsa esperando bajo la superficie.

Algo que todavía no había despertado... pero que tampoco estaba completamente dormido.

Así que Sangnuea lo observó un momento más antes de sonreír apenas y repetir la petición con una voz más suave, como si realmente estuviera confiándosela.

—De verdad deberías hacerte la prueba, P' Phatsa.

Phatsa soltó otro suspiro, aunque esta vez había una pequeña sonrisa asomándose en la comisura de sus labios.

—Sí, sí. Ya entendí.

Ongsa observó a los dos en silencio y sonrió para sí mismo. Su pequeño café seguía oliendo a café recién hecho. La luz seguía cayendo suavemente sobre el lugar. Y aun así, por alguna razón que no lograba explicar del todo, sentía que algo había comenzado a moverse aquel día.

Y el problema era ese:

Nadie sabía si aquello que lentamente avanzaba hacia ellos...
terminaría convirtiéndose en algo hermoso...

o en un nudo que solo se apretaría más cuanto más cerca estuvieran.





Aquella tarde, la ciudad volvió a tensarse una vez más. Las luces de las tiendas a ambos lados de la calle se estiraban en líneas borrosas sobre el concreto todavía tibio por el sol de la tarde. Los autos seguían pasando sin descanso. Bocinas, motores, voces... todo se mezclaba en el aire, como si la ciudad respirara a través de su propio caos cada noche.

Nakhun bajó del auto frente a la estación de policía con una expresión tranquila e imposible de leer. Su traje oscuro seguía impecable, como si acabara de salir de una reunión importante y no de un día agotador. Las luces blancas y frías de la estación marcaban aún más los ángulos de su rostro y hacían que su piel bronceada se viera más oscura. A su alrededor permanecía ese aroma a whiskey añejado en roble y un leve rastro de humo, la presencia silenciosa e inconfundible de un Alfa Puro. Incluso el oficial de recepción levantó la vista apenas Nakhun entró, antes de que dijera una sola palabra.

Uno de los tenientes se puso de pie con una sonrisa cuidadosa.

—Por aquí, Khun Nakhun.

Nakhun hizo un pequeño gesto con la cabeza y lo siguió hacia el interior. No parecía abiertamente molesto, pero cuanto más silencioso se veía, más claro quedaba que no era alguien al que convenía acercarse a la ligera cuando estaba de ese humor.

El oficial que lo había llamado antes se adelantó y soltó un suspiro cansado.

—Lo siento muchísimo, señor. No quería molestarlo, pero su hermano menor estaba... bastante escandaloso esta noche.

Nakhun no respondió. Simplemente dirigió la mirada hacia la banca metálica al otro lado de la sala y encontró enseguida la causa del problema.

Naphit estaba recostado allí, con la camisa medio abierta, dos botones desabrochados, el cabello algo desordenado por la pelea y los ojos todavía nublados por el alcohol. Aun así, incluso en ese estado, seguía siendo increíblemente atractivo, el tipo de hombre que llamaba la atención incluso borracho y furioso.

Su piel era más clara que la de Nakhun, sus facciones igual de marcadas, y había una rebeldía salvaje en su mirada que dejaba claro que jamás había sido el hijo obediente de nadie.





En cuanto vio acercarse a Nakhun, Naphit soltó una risa baja y burlona.

—Vaya... viniste tú en persona.

Nakhun se detuvo frente a él, lo observó un momento y luego habló con ese tono frío y tranquilo que siempre usaba.

—¿No puedes quedarte callado cuando estás borracho?

Naphit alzó una ceja, como si la pregunta le pareciera divertida.

—Yo estaba perfectamente tranquilo. Fueron esos idiotas los que empezaron la pelea primero.

—¿Y por eso empezaste otra pelea y terminaste aquí?

—¿Y qué se suponía que hiciera? ¿Quedarme sentado haciéndoles un wai (el saludo tradicional tailandés con las manos juntas)?

Nakhun miró a su medio hermano menor en silencio y, poco a poco, volvió a aparecer en él esa clase de cansancio frustrado que ya conocía demasiado bien. No era la primera vez. Y precisamente porque no era la primera vez, todo resultaba aún más agotador.

—Naphit.

Pronunció su nombre completo con suficiente firmeza como para que Naphit se detuviera un instante.

—Intenta comportarte como es debido aunque sea una vez.

Naphit lo miró directamente a los ojos y la neblina del alcohol en su expresión se endureció hasta volverse algo mucho más afilado.

—¿Quieres que sea dócil? ¿Como tú?

Lo observó con un desafío abierto en la mirada.

—No, gracias. Y deja de meterte.

La frase fue corta, pero cada palabra llevaba espinas.

Nakhun guardó silencio un instante antes de soltar una risa baja que no tenía nada de divertida.

—¿Crees que quiero meterme en esto?

Naphit apretó los labios y no respondió.





Nakhun dejó escapar un suspiro suave y se giró hacia los policías para encargarse de los papeles, firmando lo necesario y resolviendo todo con el desapego limpio de un hombre solucionando una molestia más, no recogiendo a su hermano menor borracho de una estación de policía.

Cuando todo terminó, inclinó apenas la cabeza hacia Naphit.
—Puedes irte.

Naphit se levantó lentamente, claramente de mala gana, pero aun así lo siguió.

Afuera, el cielo ya estaba completamente oscuro. El viento nocturno se sentía más frío cuando salieron de la estación. Cruzaron la distancia hasta el auto casi sin hablar. Naphit caminaba medio paso delante, con los hombros tensos, moviéndose como alguien listo para morder si lo tocaban demasiado profundo. Y Nakhun dejó que el silencio hiciera el trabajo.

Hacía mucho tiempo que Nakhun se había cansado de hablar.

Y a veces, la verdad más irritante de todas era esta: no importaba cuántas veces Naphit dijera “no se metan”, cuando aparecían los problemas, siempre eran Nakhun o Nakhin quienes terminaban viniendo a arreglar todo.

Eso era lo que su padre había ordenado.



Al mismo tiempo, en otra parte de la ciudad, las frías luces blancas del hospital especializado hacían que todo pareciera demasiado limpio para ser real. Paredes impecables. Pasillos silenciosos. Aire impregnado con olor a desinfectante. Phatsa ya sentía que había entrado en un lugar al que no pertenecía.

Estaba recostado en la silla frente a la sala de exámenes, mitad aburrido, mitad molesto consigo mismo por siquiera estar ahí.

Todo había empezado por Sangnuea.

Después se sumó Ongsa.

Y de alguna manera, eso había terminado con él sentado en un hospital especializado.





Cuanto más lo pensaba, más absurdo sonaba todo.

Una prueba de sexo secundario.

Solo pensar en esas palabras ya le daban ganas de suspirar.

Pero Sangnuea había hablado demasiado en serio cuando se lo pidió, y Ongsa no había ayudado en absoluto, así que al final Phatsa terminó apareciendo exactamente en el lugar al que le habían dicho que fuera, todavía sin estar realmente convencido de que hubiera algo oculto dentro de él.

Una enfermera salió de la sala de exámenes con una carpeta en la mano y llamó su nombre. Phatsa se puso de pie con el aire de alguien haciendo algo completamente en contra de su voluntad.

Extracción de sangre. Recolección de datos. Una larga cadena de preguntas que ya le estaba provocando dolor de cabeza. Cuando todo terminó, quedó de pie presionando un algodón contra la parte interior de su brazo, mirando sus propias venas como si ellas fueran las responsables de toda aquella tontería.

—Gracias.
Lo dijo solo por educación.

La enfermera sonrió con profesionalismo.
—Los resultados tardarán un poco.

Phatsa hizo una pausa.
—¿Cuánto tiempo?

—Si quiere esperar hoy mismo, serán varias horas.

Él se quedó callado dos segundos antes de responder enseguida:

—Entonces no voy a esperar.

La enfermera sonrió apenas, como si ya esperara esa respuesta.

—Entonces, ¿quiere que el hospital le envíe los resultados?

—Sí.





No tenía paciencia para esperar. Tampoco ganas de quedarse sentado en aquel edificio blanco y frío que le resultaba completamente ajeno. Y, sobre todo, si seguía pensando demasiado en todo aquello, estaba seguro de que terminaría volviéndose loco antes de recibir siquiera los resultados.

Cuando terminó de arreglar todo, volvió a agradecerle a la enfermera y salió solo del hospital.

Afuera, el cielo se había teñido de un azul tan oscuro que casi parecía negro. El estacionamiento se sentía demasiado amplio, y el sonido de sus propios pasos resonaba de forma extraña sobre el cemento.

Sacó el teléfono para mirar la hora, volvió a guardarlo en el bolsillo y siguió caminando. Pero después de apenas unos pasos, algo lo inquietó.

Se sentía observado.

No se dio vuelta enseguida. Solo redujo un poco el paso y prestó atención.

El viento.

El tráfico lejano.

Y... otro sonido de pasos que claramente no eran los suyos.

Los ojos de Phatsa se endurecieron al instante. La pereza relajada que había tenido antes desapareció por completo, reemplazada por la alerta natural de alguien acostumbrado a actuar bajo presión. Alguien que había estado en peleas antes. Alguien que sabía perfectamente reconocer cuándo algo iba mal.

Se detuvo.

Y entonces se dio la vuelta.

El primer hombre se lanzó contra él de inmediato.

Phatsa se movió por instinto, esquivándolo por apenas unos centímetros. La mano del atacante apenas rozó su hombro. El hombre soltó una maldición, pero Phatsa ya le había devuelto un golpe casi sin pensar. El tipo se tambaleó y terminó chocando contra un poste.





Otro atacante apareció por detrás, pero Phatsa giró rápido y le dio una fuerte patada en el estómago, dejándolo medio tirado en el suelo.

—¡Hijo de...!

La maldición llegó desde otro lado.

Phatsa recorrió el lugar con la mirada y entendió enseguida que no eran solo dos. Había al menos otros tres hombres saliendo de entre las sombras.

—Perfecto...

murmuró para sí mismo mientras movía los hombros, soltando la tensión de los brazos.

—Entonces vengan todos juntos.

Si hubiera sido uno contra uno, Phatsa no habría tenido miedo. Era rápido, preciso y mucho más fuerte de lo que su apariencia atractiva hacía pensar. Pero ese era justamente el problema. Los hombres que habían ido esa noche nunca pensaron pelear limpio. Lo atacaron todos juntos, rodeándolo desde distintos ángulos, sujetándolo, golpeándolo, intentando inmovilizarlo sin darle espacio para recuperar el control.

Aun así, logró conectar varios golpes buenos. Uno de los hombres salió hacia atrás después de recibir un codazo en la cara. Otro se dobló por una rodilla directo al estómago. Pero la diferencia en número empezó a pesar poco a poco.

Le tiraron los brazos hacia atrás. Le retorcieron una muñeca hasta dejarla entumecida. Y antes de que pudiera soltarse por completo, otro cuerpo se lanzó contra él y lo dejó atrapado en el lugar.

—¡Sujétenlo!

La orden resonó en medio del estacionamiento.

Phatsa apretó los dientes e intentó liberar los brazos, pero esta vez la fuerza que lo sujetaba era más pesada, más firme. Su respiración se volvió más agitada... no porque estuviera herido, sino porque odiaba la sensación de estar perdiendo terreno antes de decidir rendirse por sí mismo.





Y entonces, justo en ese momento, unos faros iluminaron el estacionamiento con tanta fuerza que todos voltearon a mirar.

Después de separarse de Naphit, el humor de Nakhun no había mejorado ni un poco.

Había dejado que su medio hermano menor regresara con Sila y Kongphop, mientras él seguía conduciendo solo, porque sabía perfectamente que, en ese momento, nada de lo que dijera cambiaría algo en Naphit.

Así que continuó manejando en silencio, dejando que las luces de la ciudad pasaran detrás del vidrio sin prestarles verdadera atención. Las molestias del día seguían acumuladas dentro de él: Naphit. La emboscada. El hecho de que todavía no sabían quién estaba detrás de todo eso. Y aquel ridículo aroma a lluvia que seguía atrapado en su memoria.

El auto de lujo negro se detuvo en diagonal junto al camino. La puerta del conductor se abrió lentamente y una figura alta, vestida con un traje oscuro, bajó bajo la intensa luz de los faros.

El rostro de Nakhun permanecía inexpresivo bajo la luz. Su piel bronceada parecía encajar de manera extraña con la oscuridad que lo rodeaba, como si las sombras y él siempre hubieran pertenecido al mismo lugar. No tenía la apariencia de alguien que disfrutara metiéndose en asuntos ajenos. Al contrario, parecía exactamente el tipo de hombre que seguiría de largo sin mirar dos veces.

Y la verdad era que casi lo hizo.

Si no se hubiera cruzado, aunque fuera por un segundo, con el rostro del chico que estaban sujetando en medio del forcejeo.

Piel clara.

Cabello claro.

Y unos ojos que seguían llenos de desafío incluso estando en desventaja.

En ese instante, el aroma a lluvia atrapado en su memoria despertó por completo.

Ya no era solo el rastro que había quedado en una taza de café.

Era el mismo aroma, pero vivo.

Más fresco.

Más intenso.

Y muchísimo más peligroso.





Nakhun cerró la puerta del auto con un golpe seco y caminó directo hacia ellos sin decir una sola palabra.

El hombre que sujetaba a Phatsa no tuvo tiempo ni de reaccionar. El primer puñetazo de Nakhun impactó de lleno en su rostro y lo lanzó hacia atrás. Otro hombre se le acercó por un costado, pero Nakhun apenas se movió antes de clavarle un codazo en el cuerpo con la fuerza suficiente para hacerlo caer al suelo.

Todo lo que hacía era rápido, preciso y frío, como alguien que hacía mucho tiempo había dejado de desperdiciar energía en movimientos innecesarios.

Phatsa aprovechó el momento y se soltó de los brazos que lo retenían. Respiraba con fuerza y tenía la camisa desordenada por la pelea, pero apenas recuperó espacio, contraatacó sin necesidad de que nadie se lo dijera. Su rodilla golpeó el estómago de uno de los hombres con tanta fuerza que lo dejó tirado, mientras Nakhun seguía acabando con los demás con la misma calma implacable, moviéndose como si le molestara tener que perder más tiempo en aquella situación.

Los atacantes empezaron a desarmarse rápidamente. Uno cayó. Otro retrocedió. Y dos más se miraron apenas un segundo antes de que el instinto de supervivencia les ganara.

Salieron corriendo.

El caos terminó casi demasiado rápido, dejando atrás solo respiraciones agitadas, la tenue luz del estacionamiento y ese silencio extraño que siempre queda después de la violencia.

Phatsa permaneció quieto un momento, todavía respirando con fuerza. Levantó la cabeza para agradecerle al hombre que acababa de intervenir y salvarlo.

Pero entonces se detuvo.

Porque el hombre frente a él no se parecía a nadie que hubiera conocido antes.

Alto.

De piel oscura.

Y atractivo de una manera que no tenía nada de suave.





Sus facciones eran marcadas, firmes, casi intimidantes por la calma que transmitía. El elegante traje que llevaba no lograba ocultar lo salvaje que había debajo. Si acaso, solo lo hacía parecer un depredador con modales impecables.

Phatsa apenas había empezado a decir:

—Gra...

Las palabras murieron en su garganta.

Porque Nakhun se acercó demasiado en un abrir y cerrar de ojos. Algo había cambiado en esos ojos oscuros.

Su respiración se volvió más profunda, apenas lo suficiente para que Phatsa lo notara. Las feromonas de un Alfa Puro se desplegaron de repente a su alrededor, el aroma a whiskey cálido y humo ardiente expandiéndose en el aire con una intensidad aterradora.

Y de pronto, el hombre frente a él dejó de ser simplemente la persona que acababa de salvarle la vida. Ahora parecía alguien siendo dominado por algo completamente distinto.

Y lo que había despertado eso...
era el aroma de Phatsa.

El olor a lluvia que salía del cuerpo de Phatsa era demasiado.

Frío. Limpio. Fresco. Devastador.

Como la primera lluvia de la temporada cayendo sobre tierra seca después de meses de calor.

Ese aroma golpeó los instintos de Nakhun de lleno, con tanta fuerza que el férreo control que había mantenido durante todo el día se rompió en un instante.

Celo.

Llegó demasiado rápido.
Demasiado violento.





Tan rápido que parecía que su cuerpo había decidido todo antes de que su mente pudiera reaccionar.

Phatsa también sintió que algo no estaba bien. Frunció el ceño cuando el hombre frente a él no respondió ni se alejó; solo seguía mirándolo con una intensidad inquietante.

—Espera... ¿qué te pasa?

Nakhun no respondió.

Podía escuchar el latido del corazón del otro chico.

Podía percibir la sangre cálida bajo esa piel clara.

Podía sentir el aroma a lluvia... y unas ganas salvajes de consumirlo por completo.

Phatsa retrocedió medio paso sin siquiera darse cuenta. Pero no sirvió de nada.

Al segundo siguiente, Nakhun le atrapó el brazo con fuerza y lo jaló hacia él.

Todo ocurrió demasiado rápido.

Los ojos de Phatsa se abrieron de golpe cuando el cuerpo de Nakhun quedó pegado al suyo. El intenso aroma a whiskey y humo lo envolvió de inmediato, caliente, pesado, sofocante. Y antes de que pudiera comprender lo que estaba pasando, una mano se cerró firmemente detrás de su cuello.

Entonces Nakhun inclinó la cabeza.

Sus colmillos se clavaron en el cuello de Phatsa sin ninguna suavidad.

El dolor explotó en su cuerpo al instante, fuerte y repentino, seguido por un calor abrasador que recorrió su sangre como fuego, como si algo del otro hombre hubiera entrado directamente dentro de él.

Phatsa se sacudió con fuerza. Sus brazos se tensaron solos. La respiración se le cortó de golpe.





Por un instante, el mundo entero pareció detenerse.

No existían los autos.

Ni el viento.

Ni nada más alrededor.

Solo el dolor.

Solo ese calor abrasador.

Solo una verdad cayendo sobre él demasiado rápido como para ignorarla.

Y Phatsa todavía no sabía... que en el momento exacto en que esos colmillos se hundieron en su cuello, su vida acababa de separarse para siempre del mundo que conocía.

